

por medio de la repetición de la antífona, y finalmente le pedimos el cumplimiento de todas sus promesas en la oración que termina el oficio.

Y ahora, soldados de Jesucristo, casa de Dios, campamento de Israel, marchad al combate; nada os falta para coger laureles. ¡Ah! si rezamos las admirables oraciones del oficio con inteligencia y animados del mismo espíritu de fe que las dispuso, seremos al terminarlas, según expresión de san Juan Crisóstomo, como otros tantos leones que respiran fuego, y cuyo solo aspecto hace temblar á las legiones infernales. Y ¿por qué no ha de ser así? ¿De quién depende esto? De nosotros, de nosotros únicamente.

Oración.

Dios mío, que sois todo amor, gracias os doy por haber establecido las sublimes oraciones, por medio de las cuales estamos seguros de obtener todas las gracias que necesitamos, y os pido perdón por la poca fe con que hasta hoy he rezado.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, diré con frecuencia como los Apóstoles: Señor, enseñadnos á orar.

LECCION IX.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO

Oficio del día.—Prima.—Tercia.—Sexta.—Nona.—Vísperas.

À las culpables noches del mundo opone la Iglesia santas vigi-
lias; sus Ángeles en adoración delante de Dios, imploran misericor-
dia para los mundanos; alejan del redil en que todo duerme á los
rugientes leones, mas terribles en medio de las tinieblas que durante
el día; mezclan sucesivamente sus voces y sus armonías con las de
los Ángeles para honrar el nacimiento y la agonía del Dios de Belén
y de Gethsemani; mas ahora que ha pasado ya la noche, ¿qué harán?
La aurora con sus nacientes fulgores dora el alta cima de las
montañas; los pájaros celebran con sus alegres cantos la salida del
sol; las flores al abrir su cáliz exhalan un delicioso perfume que la
brisa de la mañana lleva al cielo, semejantes á millares de incensa-
rios de oro y de perlas encendidos delante de Dios. La naturaleza es
un templo; hé aquí á los músicos, hé aquí el incienso del sacrifi-
cio; todo se agita, todo renace; ¿qué harán los hijos de Dios, los
Ángeles de la oración? Mezclar su voz con la voz de la naturaleza,
pues el oficio del día empieza. Prima, Tercia, Sexta, Nona, Vispe-
ras y Completas son las partes de que se compone.

El Salvador ha señalado todas las horas del día, lo mismo que las
de la noche, por otros tantos beneficios, y es preciso bendecirle por
tantos favores; como las horas de la noche, las del día imponen al
hombre varios deberes, y es preciso implorar la gracia para cum-
plirlos: este es en general el objeto del oficio del día, cuya exis-
tencia y división datan de la mas remota antigüedad¹. Entrémos
en detalles:

I. Prima.—Prima es la hora primera del oficio del día, y se llama Prima porque se rezaba á la primera hora de la madrugada, es decir, á las seis de la mañana, según el modo de contar de los antiguos. Esta hora fué establecida: 1.º para honrar á nuestro Señor

¹ Durando, lib. II, c. 7.

cubierto de oprobio por los judíos y conducido delante de Pilatos; 2.º para honrar su aparición á sus discípulos á orillas del mar, despues de su resurreccion; 3.º para ofrecer á Dios las primicias del dia, así como los judíos le ofrecian las primicias de sus mieses y frutos, á fin de consagrárselo todo.

La Prima se compone de la invocacion *Deus in adiutorium*, del *Gloria Patri*, seguido del *Alleluia*, de un *himno*, de tres *salmos*, de una *antifona*, de una *capitula*, de un *responsorio* y de algunas otras oraciones. El himno que cantamos en la hora Prima, y que se cantaba ya en el siglo XIII¹, expresa magníficamente los sentimientos que la fe debe despertar en un corazon cristiano al nacimiento del dia; á la vista del sol material que viene á iluminar el mundo, suplicamos al Sol de justicia y de verdad que salga para nosotros, á fin de que, guiándonos su luz, evitemos las tinieblas del error y los lazos del demonio. Rogamos al divino Sol que sea él mismo nuestro guia: «Ved á estas ovejas, dice uno de nuestros padres en la fe², «que, abrigadas durante la noche en el redil, desean salir á las vastas campiñas luego que asoma el alba, y reclaman un pastor que las conduzca á los pastos y las proteja contra los ataques de los lobos; asimismo nosotros, cuando la aurora nos llama al santo trabajo, nos apresuramos á pedir un maestro que nos instruya y un protector que nos defienda, pues sin el uno ó el otro, el lobo infernal dispersaria el ganado por desconocidas breñas y despedazaria las ovejas.»

Para librarnos de los tiros del demonio, la Iglesia nos recuerda admirablemente en los salmos de Prima y en el símbolo de san Atanasio, que nos es preciso revestirnos de la misma armadura que vistieron todos los héroes cristianos, á saber, el escudo de la fe, el casco de la esperanza y la espada de la caridad, y á fin de excitarnos mas eficazmente á ello nuestra cuidadosa Madre nos pone á la vista los combates y los triunfos de los Santos. En la hora Prima se lee el Martirologio, la sangrienta pero gloriosa historia de nuestros hermanos, quienes, soldados como nosotros en otro tiempo, descansan hoy en el cielo sobre inmortales laureles.

Despues de la lectura del Martirologio, el oficiante dice: *¡Es preciosa delante de Dios!—La muerte de sus Santos*, contesta el coro,

¹ Durando, lib. V, c. 5.

² Amalar. Fortunat. lib. IV, *De Eccles. offic.* c. 2.

y el oficiante en nombre de todos sus hermanos hace la oracion siguiente: «La santísima Virgen y todos los Santos nos auxilién, por «medio de las preces que por nosotros dirijan al Señor, á ser santos en todas las cosas, así como es santo Aquel que nos llamó á la «santidad.» Dicha esta oracion, el oficiante repite por tres veces: *Señor, venid en mi auxilio*, y el coro añade: *Señor, apresuraos á socorrerme*, triple invocacion destinada á alcanzar proteccion contra nuestros tres grandes enemigos, el demonio, el mundo y la carne; acto continuo se dice el *Gloria Patri* á fin de dar gracias en nombre de todos nuestros hermanos á la augusta Trinidad, de la cual procedió la dichosa muerte de los Santos y de la cual procederá la nuestra.

Pero ¡ay! ¡la debilidad humana es tan grande que son de temer muchas caidas! Por esto pedimos antes misericordia y decimos tres veces: *Kyrie eleison ó Christe eleison: Señor, Cristo, tened piedad de nosotros*; para obtener con mas seguridad esta misericordia, rezamos la oracion del Señor, terminándola suplicando al Padre celestial que guie á sus hijos, que somos nosotros, y que nos ayude á guiar los nuestros, que son nuestros pensamientos y nuestras virtudes.

II. Tercia.—*Tercia* es la segunda hora del oficio del dia, y se llama así porque se rezaba á la hora tercera del dia segun el modo de contar de los antiguos; para nosotros la hora Tercia corresponde á las nueve de la mañana. A excepcion de las oraciones finales, Prima y Tercia se componen de iguales partes, y la Iglesia, que con sus Sacramentos graba é imprime en cierto modo la santidad en todos nuestros sentidos, escribe igualmente sus augustos misterios en cada hora del dia, y su oficio los recuerda sucesivamente á nuestra adoracion y á nuestro amor. El Salvador, perseguido por los crueles clamores de los judíos, atado á la coluna por orden de Pilatos y cruelmente azotado; el Espíritu Santo descendiendo sobre los Apóstoles y dando origen á la Iglesia, tales son los memorables acontecimientos que celebramos con las oraciones de la hora Tercia, la cual lo mismo que las demás, data de los tiempos apostólicos¹.

En memoria de la nueva ley escrita en letras de fuego en el corazon de los Apóstoles, cántanse salmos que celebran la dulzura, la perfeccion de la ley de gracia y de amor; el himno recuerda igualmente el descendimiento del Espíritu Santo, á quien suplica renueve en nuestro favor las maravillas del Cenáculo.

¹ S. Ignat. *Epist. ad Trall.*

III. Sexta. — *Sexta* es la hora tercera del oficio del día y corresponde al mediodía; su antigüedad y composición son iguales á la anterior ¹. Á ella van unidos grandes recuerdos, pues grandes acontecimientos consagran aquella hora memorable; en la Tercia, la Iglesia nos condujo al pretorio, y allí, delante de la ensangrentada columna, abrió nuestros labios á la oración; mas ahora, tomándonos por la mano nos acompaña al Calvario y nos hace detener ante un instrumento de suplicio. Jesús clavado en la cruz, tal es el primer objeto de nuestras oraciones y meditaciones en la hora de *Sexta*; así es que la Iglesia, penetrada de reconocimiento, nos hace cantar salmos que respiran un ardiente amor. *Un desfallecimiento se apoderó de mí al pensar en mi Salvador* ².

No nos es dable pasar adelante sin hacer observar aquí una sublime armonía, que no escapó por cierto á la sagacidad de nuestros padres en la fe; instruidos éstos por la tradición enseñan que Adán pecó y murió por causa del fruto del árbol á la hora sexta del día, y para que el agravio correspondiese con la reparación, quiso Jesús ser elevado á la misma hora sobre el árbol salvador ³. Otro suceso es también objeto de nuestra gratitud; á la hora sexta tuvo Pedro la revelación clara de la vocación de los gentiles y recibió la orden de predicar el Evangelio á las naciones; inestimable beneficio cuya influencia sentimos todos aun en el día. El Hijo de Dios clavado en la cruz, Pedro predicando el Evangelio á las naciones, ¿qué más se quiere para excitar nuestro fervor y reconocimiento durante esta hora?

IV. Nona. — *Nona*, continuación de tan admirables recuerdos, es la hora cuarta del oficio del día; para nosotros corresponde á las tres de la tarde, al paso que para los antiguos era la novena hora del día, y de aquí vino su nombre. Esta hora contiene las mismas partes que las anteriores y data de igual antigüedad ⁴; durante ella la Iglesia continúa presentándonos la grande escena de dolores; el sol

¹ *Constituciones apostólicas*, lib. VIII, c. 20.

² Psalm. cxviii.

³ Quo tempore eversio fuit, eodem rursus facta reparatio. (S. Cyril. Hierosol. *Catech.* xiv; id. Teophilact. in *Matth. ad ea verba: A sexta autem hora*, etc.) Hé aquí otras armonías: «Propter protoplastum Adam... (Christus) sexta hora in crucem ascendit, sexto die sæculi, in sexta hora ejusdem mil-lenarii, et sexta hebdomadis et sexta hora sexti diei, etc.» (S. Anast. Sinait. lib. VII, *Commentar. in Hexaem.*).

⁴ S. Basil. in *Regul. interrog.* 34.

oscurecido, la tierra conmovida, el velo del templo rasgado, el Hombre-Dios espirante, el costado del nuevo Adán traspasado por la lanza del soldado, y dando á luz á la nueva Eva, la Iglesia católica, nuestra tierna madre; tales son los acontecimientos que esta hora nos recuerda. ¿Qué más se quiere para derramar oraciones y lágrimas ante el trono de Dios?

Los salmos de las Horas del domingo nos ofrecen tan sublime armonía, que no podemos resistir al deseo de indicarla, siquiera para que se vea que todo hasta un ápice está dispuesto en los oficios de la Iglesia con tal sabiduría y profundidad de miras, que jamás serán bastante admiradas. Todas las horas de aquel día se componen de dos salmos, de los cuales el segundo está dividido en Prima, en Tercia, en Sexta y en Nona, y cada división del salmo comprende diez y seis versículos. ¿Cuál es la razón de que haya únicamente dos salmos? ¿por qué estos diez y seis versículos? Los dos salmos recuerdan las dos alianzas de Dios con los hombres, la antigua y la nueva, y los diez y seis versículos significan los intérpretes de esta doble alianza; los doce pequeños Profetas y los cuatro grandes respecto de la antigua, y de la nueva los doce Apóstoles y los cuatro Evangelistas ¹.

Los salmos y los himnos de las horas están igualmente en armonía con las diferentes horas del día en las que los recitamos: al salir el sol el principio, en Tercia la continuación, en Sexta la perfección, en Nona el fin de la caridad y de la vida; pues ¡ay! la vida no dura más que un día.

V. Vísperas. — Las *Vísperas* son la hora quinta del oficio del día, y su antigüedad es tanta como la de la Iglesia ². ¡Oh! ¡con cuánta razón ha consagrado la Iglesia á la oración aquella hora! ¡cuántos recuerdos evoca! Primeramente el sacrificio de la tarde ofrecido cada día en el templo de Jerusalem; luego la institución de la santa Eucaristía, y por fin el descendimiento de la cruz y la sepultura de nuestro Señor. Estos son los motivos por que la Iglesia desea tan vivamente que oremos durante aquella hora memorable.

Esos cristianos de todas edades y condiciones que descuidan la asistencia á las Vísperas ¿saben acaso el precio de la oración? ¿Sabe su corazón latir á impulsos de la gratitud? Las Vísperas, dicen en

¹ Durando. lib. V, c. 5.

² *Constituciones apostólicas*, lib. VIII, c. 40.

su impia ligereza, las Vísperas son para los eclesiásticos; ¿por ventura no fué instituida para vosotros la santa Eucaristía? ¿Nada debéis á Dios por semejante beneficio? ¿Acaso Jesucristo no se inmoló por vosotros todos? ¿Nada os dice la hora en que se verificaron tan grandes milagros? ¿Qué haceis, pues, durante aquella hora sagrada en que deberian correr de vuestros ojos lágrimas ardientes y mezclarse con oraciones mas ardientes todavía? Si deseo saberlo, no tengo mas que preguntarlo á las plazas públicas, á los paseos, á las casas de juego y de profanos placeres, y á buen seguro me contestarán. ¡Cómo! ¿no os avergonzaréis jamás de hollar así los usos cristianos? ¡Oh vosotros que fuisteis nuestros padres en la fe! ¿qué pensaríais si os dijese que vuestros hijos profanan una hora tan santa, tan llena de beneficios? ¡Vergüenza para aquellos que califican la gratitud de pesada y difícil! En los corazones ingratos no cabe ningun buen sentimiento, y parécense á aquellos frutos que el sol no puede sazonar y que carecen de sabor y de perfume. ¡Vergüenza para aquellas almas serviles que solo van por la mañana á la iglesia por temor, y que se dispensan de asistir á ella por la tarde, porque no hay ni anatema ni amenaza de pecado mortal!

Para nosotros cristianos dóciles, cuanto mas abandonadas están las Vísperas, tanto mas debemos considerar como una obligacion el asistir á ellas; nuestros deberes crecen á proporcion de la indiferencia del gran número; postrémonos, pues, al pié de los altares orando, gimiendo, adorando y dando gracias por nuestros ingratos hermanos, ¡felices si al menos podemos resarcir á su Salvador y nuestro!

La belleza del oficio de la tarde bastaria por sí sola para que asistiésemos asiduamente á él: las Vísperas se componen de cinco *salmos*, de cinco *antifonas*, de una *capitula*, de un *himno*, del *Magnificat* y de una sola *oracion* en caso de no hacerse conmemoracion de alguna fiesta. Este número de cinco se estableció para honrar las cinco llagas de nuestro Señor y para expiar los pecados que hayamos cometido durante el dia por nuestros cinco sentidos.

La campana, trompeta de la Iglesia militante, ha resonado tres veces; la primera para anunciar el oficio, la segunda para advertirnos de que es tiempo ya de partir, y la tercera para indicar que el oficio empieza. Llegados á la iglesia, el clero y los fieles se recogen durante un momento, y preparan su alma para la oracion rezando el *Pater* y el *Ave Maria*, arrodillados y silenciosos. Empiézase por la

señal de la cruz para invocar el auxilio de la santísima Trinidad, para confesar los misterios de la encarnacion y de la redencion; y la mano que, al hacerlo, se dirige á los cuatro costados, indica que el Hijo de Dios vino á reunir á sus elegidos dispersos por los cuatro vientos; así pues, cuando veais al celebrante hacer el signo adorable desde el alto lugar que ocupa, representaos á Jesucristo en la cruz y en la cima del Calvario, con los brazos abiertos para abrazar á los hijos de Adán, que son los suyos, y llamándoles á todos sobre su corazon con esta palabra de inefable amor: *Sitio: Tengo sed, sed de vosotros.*

Al hacer la señal de la cruz, el sacerdote, vuelto hácia el altar, dice: *Deus, in adjutorium meum intende.* ¡Oh Dios, venid en mi auxilio! Los fieles igualmente en pié y vueltos hácia el altar, para manifestar que toda su confianza está en los méritos de Jesucristo, se apresuran á contestar: *Domine, ad adjuvandum me festina: Señor, socórreme prontamente,* y luego para expresar de antemano la gratitud que esta celeste proteccion les inspira cantan con transportes de amor el *Gloria Patri*, etc.: *Gloria al Padre*, etc. Su gozo y ardor en publicar las alabanzas de su Padre que está en los cielos se expresan con estas palabras: *Alleluia, alegría, felicidad*, mas durante la Cuaresma, tiempo de ayuno y de penitencia, el *Alleluia* se sustituye con estas palabras, cuyo sentido es el mismo: *Laus tibi, Domine, rex aeterna gloria: Alabado seas, Señor, rey de eterna gloria.*

Despues de la antifona destinada á inflamar nuestra caridad¹ un corista entona el primer salmo: *Dixit Dominus Domino meo.* «El Señor, eterno Padre, Dios todopoderoso, dijo á Jesucristo, su Hijo y Señor mio, EL DIA DE SU GLORIOSA ASCENSION: *Sentaos á mi derecha.*» En este magnífico salmo la Iglesia canta la eterna generacion del Hijo de Dios, su sacerdocio igualmente eterno, lo mismo que su absoluto y eterno imperio sobre el mundo convertido en conquista de la cruz. ¡Cómo! ¿acaso no están las Vísperas destinadas á honrar los funerales de Jesucristo? Pues ¿cómo la Iglesia, la esposa amante, arrodillada, por decirlo así, sobre el sepulcro de su divino Esposo, solo deja oír cantos de alegría é himnos de triunfo y de inmortalidad? ¡Ah! porque ve salir la vida del seno de la muerte y la victoria del seno de los sufrimientos; ¡grande leccion para todos!

El segundo salmo de las Vísperas del domingo es el *Confitebor*:

¹ Explicacion de los Maitines en la leccion anterior.

Os alabaré, Señor, continuacion, por decirlo así, del primero. Por boca de David, la Iglesia canta los beneficios del reinado de su celeste Esposo, y celebra particularmente la institucion del banquete divino, al cual son invitadas todas las generaciones que vienen á este mundo.

Solo falta ahora describir la felicidad de los que se someten al imperio de Jesucristo, y esto es lo que hace la Iglesia en el salmo *Beatus vir qui timet Dominum: Feliz el hombre que teme al Señor*; al lado de la sencilla y tierna pintura de la dicha del varon justo que teme á Dios y observa sus mandamientos, la Iglesia coloca el cuadro del pecador; el cual, triste y desgraciado en esta vida, rechina de dientes y se hiela de espanto en el momento de la muerte, para entrar despues en el lugar de los suplicios, en cuya puerta deja la esperanza; la esperanza de salir jamás de él...

En el salmo anterior la Iglesia recuerda á los justos que el Señor les hace dichosos si consienten en doblegarse bajo su estimable yugo; ¿qué cosa, pues, mas natural que exhortarles ahora á cantar su felicidad? En efecto, aquella tierna madre, adoptando las palabras del Rey profeta, les incita á alabar y á bendecir la grandeza, el poder y sobre todo la admirable bondad de su Padre celestial: *Laudate, pueri, Dominum, laudate nomen Domini: Hijos míos, alabad al Señor, alabad el nombre del Señor*; invitacion que provocando un transporte de amor, únense todas las lenguas y todos los corazones para contestar: *Sí, bendito sea el nombre del Señor, ahora y en todos los siglos de los siglos: Sit nomen Domini benedictum, ex hoc nunc et usque in seculum*; en este admirable salmo cada uno proclama á su vez las razones particulares que le asisten para bendecir al Dios bueno, al Dios que vela sobre el pobre y el débil como sobre la niña de sus ojos.

De los motivos personales que inducen á cada uno y á todos los hombres en general á bendecir y á amar á Dios, la Iglesia pasa á las razones especiales á la gran familia católica, y estos beneficios son tales, que á menos de tener un corazon de bronce debemos desfallecer de amor al recordarlos. Este es el objeto del quinto salmo: *In exitu Israel de Aegypto, domus Jacob de populo barbaro: Cuando Israel salió de Egipto, y la familia de Jacob de entre un pueblo bárbaro*; y aquí la Iglesia, trasladándonos á una época anterior de tres mil quinientos años, á orillas del mar Rojo y al desierto del Sinaí, extiende á nuestra vista el magnífico cuadro de las maravillas y pro-

digios obrados por Dios para librar á Israel del cautiverio de Egipto, y hacerle entrar en la tierra prometida, mostrándonos despues de los milagros de Egipto, del mar Rojo, del desierto y del Sinaí, otros aun mas gloriosos y consoladores obrados en nuestro favor, como son el habernos librado á todos del demonio, del pecado, de la muerte y del infierno por medio del Bautismo; la fe que nos guia al través del desierto de la vida como la coluna guiaba á Israel; la ley de gracia descendiendo del Calvario como la ley antigua del Sinaí; el pan de los Angeles que alimenta nuestra alma como el maná á los hebreos; y estos milagros de la nueva ley presentados como una prenda de los milagros mas grandes aun por los cuales el Señor desea conducirnos desde el desierto de la vida á la Jerusalem celeste; tales son los beneficios que la Iglesia nos recuerda. Luego, comparando como David el Dios omnipotente y fuerte con los débiles é impotentes ídolos de las naciones, nuestra tierna madre nos insta, con toda la fuerza de su caridad y de su celo, á abjurar el culto de los dioses extraños, y á unirnos irrevocablemente con el Señor que tantas y tan manifiestas pruebas nos ha dado de su grandeza, bondad y poderío.

Este salmo, al cual nada hay que pueda compararse en la poesía profana, va seguido de la antifona y de la *capitula*. La *capitula* de los domingos ordinarios está sacada de la epístola de san Pablo á los efesios: *Benedictus Deus*, etc.: Bendito sea el Dios, y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendicion espiritual en bienes celestiales en Cristo, así como nos eligió en él mismo antes del establecimiento del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él en caridad¹. El celebrante lee la *capitula* en pié, y se dirige á los fieles que acaban de entonar las alabanzas de Dios, á fin de alentar su celo y de dar nuevo pábulo á su piedad; esta postura, que la decencia dicta, conviene con las santas palabras que pronuncia, y expresa el respeto que profesa á los miembros de Jesucristo que le escuchan. La asamblea recibe con gratitud aquella corta exhortacion, y contesta: *Deo gratias, Gracias sean dadas á Dios*.

Acto continuo entónase el himno: el himno expresion de amor, de piedad y de valor para cumplir lo que se acaba de leer, canto de un ejército que marcha al combate. El himno varia segun la fiesta

¹ Ephes. 1, 3, 4.

que se celebra, á fin de expresar sentimientos análogos á las circunstancias. El domingo la Iglesia canta el reino de Jesucristo empezado en la tierra y consumado en el cielo, y por lo tanto el himno de las Vísperas del domingo es un prolongado suspiro por el cielo. ¡Feliz el cristiano que sabe penetrarse del espíritu de tan santa oración! el placer y consuelo de que su corazón rebosa no pueden darlo ni el mundo ni sus placeres.

La Iglesia ha cantado los beneficios del Señor; ha visto en el pasado su emancipación del yugo del demonio, su establecimiento en la tierra; los innumerables favores de que ha sido objeto; ha visto en el porvenir el cielo entreabierto para recibirle y consumir su felicidad inmortalizándola. ¿Cómo expresará ahora su agradecimiento, cuyo peso la oprime? ¿Dónde buscar el intérprete de los sentimientos que experimenta? Lo tiene ya; en lugar de la suya, élévase una voz á cuyos acentos deben guardar silencio el cielo y la tierra; una voz tan suave, tan pura, tan melodiosa y al mismo tiempo tan poderosa que llena de regocijo el corazón de Dios; esta voz es la de la augusta María, y ved á la dulce Virgen de Judá, á la Madre de Dios, á la Virgen por excelencia, á la Reina del cielo suspirando la gratitud de la virgen de la tierra, de la casta esposa del Hombre-Dios, de la Iglesia católica. Entónase el *Magnificat*, sublime canto, transporte de inefable amor, poema en diez cantos, profecía magnífica que valió á María el glorioso título de *Reina de los Profetas: Mi alma glorifica al Señor, etc.*

Durante el *Magnificat* los asistentes se mantienen en pié por respeto hácia las palabras de María, y porque esta noble actitud demuestra el gozo y contento de un corazón colmado de gracias y dispuesto á emprenderlo todo para manifestar á su bienhechor los sentimientos de su gratitud. Al cantarse el *Magnificat* el celebrante deja su lugar, se reviste de la capa, y precedido de un acólito que lleva el incensario, sube al altar, toma el vaso que encierra el incienso, derrama un poco sobre el fuego, y dice: *Ab illo benedicaris in cujus honore cremaberis: Bendito seas por aquel en cuyo honor serás consumido.* Al pronunciar estas palabras hace la señal de la cruz para recordar que los méritos de Jesucristo son el origen de todas las bendiciones que se derraman en la tierra; luego toma el incensario de manos del acólito, inciensa tres veces la cruz colocada en el tabernáculo, primeramente hácia la derecha, hácia la izquierda después, y finalmente por todos lados, como para rodear el altar, sím-

bolo de Jesucristo, del perfume del incienso, que lo es de la fe de los creyentes y del fervor de sus oraciones.

Terminada esta ceremonia, el acólito inciensa al celebrante, tributándole de este modo el honor debido al representante de Jesucristo, y, hecho esto, el sacerdote canta: *Dominus vobiscum: Que el Señor sea con vosotros;* contestando los fieles: *Et cum spiritu tuo: Y sea con tu espíritu.* Viene en seguida la oración de la misa llamada *colecta*, porque recoge en cierto modo las oraciones y votos de los asistentes para dirigirlos á Dios; el sacerdote repite: *Dominus vobiscum*, y después de este voto de paz y caridad los monacillos invitan á los fieles á alabar y á bendecir al Señor con estas palabras: *Benedicamus Domino: Bendigamos al Señor;* los asistentes contestan: *Deo gratias: Gracias sean dadas á Dios,* y de este modo termina esta parte del oficio de la tarde. Decidme, ¿sabeis algo mas bello, mas completo y mejor ordenado?

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haberme instruido en las santas ceremonias de vuestro culto; haced que reanimen en mí el espíritu de fe y de oración.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, asistiré regularmente á Vísperas.